

GUADALUPE MEJÍA

(MADRE LUPE)



Mi razón
para vivir

PRÓLOGO

En la historia de Guadalupe Mejía Delgado late la historia del país, con sus anhelos y sus dolores, con sus luchas épicas y sus sacrificios. Su vida representa a miles y miles de mujeres que han hecho de sus vidas una demostración de su fuerza ética y de sus convicciones humanistas y libertarias. Madre Lupe destaca de un modo singular su capacidad de sobreponerse a la pérdida de seres queridos, para seguir y seguir construyendo caminos de justicia. Su búsqueda de mujeres y hombres desaparecidos en los años de la represión más dura constituye su particular canto a la vida, pese a todo, volteando la tristeza y haciendo de ella una palanca para continuar tenazmente trabajando por lo que ella ha definido la razón de su vida: la conquista de la verdad, de la reparación y de la justicia.

Su lealtad a las familias víctimas ha hecho de ella un referente fundamental. Decir Madre Lupe es ponerle nombre propio a la admiración y al respeto que se ha sabido ganar. Muchas personas en el país confían en ella, y al hacerlo la convierten en un ser humano único, vitalmente necesario.

Durante las décadas de los años setenta y ochenta, la familia Mejía vivió un calvario similar al que vivieron miles de compatriotas. Asesinaron a su esposo, Justo Mejía, líder campesino que trabajó por organizar a la comunidad en Las Vueltas, Chalatenango, donde enseñaba la Biblia, y desde ese

momento Guadalupe y sus nueve hijos iniciaron un exilio interno en el que debieron aprender a vivir sin el padre y esposo, siempre en vilo, burlando la cárcel, la tortura o la muerte. Así sobrevivieron tantos y tantos compatriotas.

Y así es como ahora los reconocemos, les queremos y les decimos gracias por todo lo que han dado a la patria, por todo lo que les debe la libertad y la democracia.

Madre Lupe y CODEFAM, así como otras organizaciones y la totalidad de las familias víctimas, nos exigen, y con razón, que debemos dar pasos decididos a favor de la reparación, es decir, de la justicia. Personalmente, como presidente de la República, estoy comprometido junto con mi Gobierno en ese empeño. Hemos dado algunos pasos y daremos todos los necesarios para cumplir con el deber de honrar a las víctimas, reparando a las familias que un día se vieron de luto, sin esposos, sin hijos e hijas, sin hermanos y hermanas, sin padres y madres. A todas las familias víctimas, y en su nombre a Madre Lupe, les digo que pueden contar conmigo.

Su emotiva historia de vida me ha conmovido. Estoy seguro de que emocionará a lectoras y lectores.

Prof. Salvador Sánchez Cerén
Presidente de la República de El Salvador

PRESENTACIÓN

Mi razón para vivir es un libro de testimonio que narra la historia de Guadalupe Mejía Delgado, Madre Lupe, una sencilla mujer campesina nacida en el cantón La Ceiba, municipio de Las Vueltas, departamento de Chalatenango, en mayo de 1943.

A partir de las vivencias y los sufrimientos pero también de las alegrías de esta mujer surgida de las entrañas del pueblo se describe la cartografía historiográfica no solo de buena parte de nuestro país, sino también los orígenes de las organizaciones populares campesinas que enarbolaron la lucha militante de nuestro pueblo contra las tiranías militares a partir de los años setenta del siglo pasado y que fueron semillero de las vanguardias armadas revolucionarias que constituirían las Fuerzas Populares de Liberación “Farabundo Martí”, que a partir de 1981 se fusionarían con otras organizaciones revolucionarias hermanas en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN).

La historia de Madre Lupe es también el recuento histórico de las dictaduras militares que El Salvador padeció durante el siglo pasado, entre ellos, los tristemente recordados tiranos Maximiliano Hernández Martínez, Osmín Aguirre y Salinas, Salvador Castaneda Castro, Óscar Osorio, Julio Adalberto Rivera, José María Lemus, Fidel Sánchez Hernández, Arturo Armando Molina y Óscar Humberto Romero, todos ellos

espurios portadores de la banda presidencial, pues su función fue la de lacayos de una sempiterna oligarquía de horca y cuchillo que gobernó por más de 60 años nuestro país a sangre y fuego.

Pero también el testimonio de Madre Lupe es la historia de las luchas revolucionarias del pueblo organizado que da cuenta de sus primeros intentos organizativos a partir de la creación de cooperativas campesinas, ya en el año de 1970, que luego culminarían con la creación de la poderosa Unión de Trabajadores del Campo (UTC) y la Federación de Campesinos Salvadoreños (FECAS), organizaciones vertebrales del Bloque Popular Revolucionario (BPR), junto a Universitarios Revolucionarios 19 de Julio (UR-19), la Unión de Pobladores de Tugurios (UPT) y el Movimiento de Estudiantes Revolucionarios de Secundaria (MERS). Inmersa en la creación, el desarrollo y el fortalecimiento de estas organizaciones se encuentra la historia de vida de Madre Lupe y de su esposo, Justo Mejía, quienes, al igual que la mayoría de militantes de base del BPR, se incorporaron a las FPL para combatir abiertamente con las armas en la mano al enemigo, pasando a un nivel superior de lucha organizada.

Este paso, que implicaba la renuncia a la vida pública y a otros privilegios de la legalidad, tiene un alto costo para Madre Lupe, pues ya en los inicios de la lucha armada, cuando Justo Mejía, ya incorporado a las FPL, estaba organizando una toma del Ministerio de Trabajo fue capturado en Dulce Nombre de María, el 9 de noviembre de 1977, y luego de ser salvajemente torturado por la Guardia Nacional fue asesinado y decapitado en la montaña de San Fernando, Chalatenango.

Hay mucho dolor y tristeza en esta historia de vida ejemplar de Madre Lupe, que es también el reflejo del dolor y la tristeza

que nuestro pueblo padeció durante los largos años de represión y guerra abierta contra el Ejército prooligárquico durante más de diecisiete años, explícitamente a partir de 1975, cinco años después de la fundación de las FPL, hasta la firma de los Acuerdos de Paz en enero de 1992.

El relato de la pérdida de sus seres queridos es un relato esperanzador de Madre Lupe, quien nos describe la honda pena que significó para ella el asesinato, a manos de los cuerpos represivos, de su esposo, Justo Mejía; y luego, en un accidente, la muerte de su hijo, José Justo Mejía. Es emblemático que toda la familia de Madre Lupe, hijas e hijos, se incorporaron a la lucha contra la dictadura bajo la bandera de las FPL y de sus organizaciones de masas; y que para ella como cabeza de familia, en lugar de bajar la cabeza y aceptar las injusticias, los asesinatos de sus seres queridos le hayan servido de estímulo para involucrarse aún más en la lucha revolucionaria contra las tiranías militares de turno.

Incluso a la hora del exilio, Madre Lupe se distingue como una incansable activista que denuncia los abusos, las arbitrariedades, los crímenes y la injusticia de las dictaduras militares, por medio de organizaciones como la Comisión de Derechos Humanos de El Salvador (CDHES) o el Comité de Familiares de Víctimas de Violaciones a los Derechos Humanos (CODEFAM), a través de las cuales realizó, durante la década de los ochenta del siglo pasado, giras internacionales de denuncia por Europa, Estados Unidos, México, Costa Rica y otros países.

Este libro que ahora presentamos es una hermosa historia de paz y de esperanza, pero también de lucha y de sacrificio, es testimonio de la memoria histórica de lo más representativo de nuestro pueblo. Se trata de la historia no contada de esos

miles de héroes anónimos que con su lucha y sacrificio abonaron el camino hacia un futuro más incluyente, democrático y equitativo, donde reine la paz y la justicia social, que es el que actualmente estamos construyendo.

Dr. Ramón D. Rivas
Secretario de Cultura de la Presidencia

CAPÍTULO 1

Me llamo Guadalupe Mejía Delgado

Cuando Claudia Sánchez me invitó a relatar mi historia pensé que no tenía mucho que contar. No soy escritora y mi memoria no es muy fuerte. Y pensé, además, que es difícil contar las cosas tal y como sucedieron. Una puede inclinarse por “pintar” los hechos más bonitos o más feos de lo que fueron, pues siempre hay una distancia entre lo que pasó realmente y cómo una lo recuerda. Pensé también en Justo Mejía, mi esposo al que asesinaron. Y el hacerlo me animó, pues me dije que por su memoria podría ser lindo que yo le pusiera palabras a lo que vivimos, primero juntos y luego él en su cielo y yo aquí, en esta tierra en la que tanto sufrimos. Me puse a recoger el hilo de mi historia hasta formar una madeja muy apretada, llena de dolores y de momentos alegres, pues son como muchas cosas que tengo que decir. Y al hacerlo es seguro que sentiré nostalgia: del tiempo vivido, de los buenos momentos, de las risas con Justo, y también de las luchas que hicimos. Puedo ver el cantón La Ceiba desde la memoria tal y como era, muy diferente de ahora, con sus árboles, con sus pájaros clarineros, con sus olores, con sus lluvias, que hacían desprender del suelo un olor hermoso. Veo los animalitos de nuestro cantón, a los otros niños jugando y yo con ellos, veo los sueños que tuvimos, esos que siempre andan conmigo todavía. Los sueños me hacen mirar atrás, son como algo escrito que llevo dentro de mí, pero son también parte de un futuro que no sé cómo será. No sé cuántas ilusiones y anhelos dejé por el camino, no



Madre Lupe junto al monumento a la Memoria y la Verdad, ubicado en el parque Cuscatlán, San Salvador.

lo sé. Pero sigo viviendo aferrada a ellos, lo hago por mí, por mis nietos y bisnietos, por el país, lo hago por Justo Mejía.

Es curioso, les estoy hablando de mí, pero todavía no me he presentado. Me llamo Guadalupe Mejía Delgado. Nací en el cantón La Ceiba, municipio de Las Vueltas, en el departamento de Chalatenango, el 26 de mayo de 1943. Vine a la vida un año antes de que cayera del poder o saliera de la presidencia el general Maximiliano Hernández Martínez, responsable de la matanza de 32,000 campesinos, sobre todo en el occidente del país. En octubre de 1944, un golpe de Estado puso de presidente al coronel Osmín Aguirre y Salinas, que había sido ministro de la Guerra con Martínez. Convocó a elecciones presidenciales que ganó la oposición, pero la oligarquía y los militares impusieron al general Salvador Castaneda Castro. Como pueden ver, nací en una época convulsa de golpes de Estado que se sucedían unos a otros, en un país donde las grandes mayorías vivíamos, mejor dicho, sobrevivíamos sin derechos y sin recursos para llevar una existencia digna. Los golpes de Estado eran en ocasiones resultados de farsas electorales y en otras fruto de las rivalidades en el seno de las fuerzas armadas y entre grupos oligárquicos. Me acuerdo muy bien de que en octubre de 1960 hubo un golpe con apoyo popular que invistió a una Junta de Gobierno Cívico-Militar y solo tres meses después otro golpe de Estado, esta vez apoyado por Estados Unidos, que impuso de presidente al coronel Julio Adalberto Rivera. ¿Qué país puede progresar con este historial de golpes, de gobernantes inútiles, que siempre reprimían al pueblo y no permitían ningún espacio de libertad y de democracia? Nuestra historia nacional no es, precisamente, un ejemplo de tolerancia y convivencia.

He tenido 9 hijos e hijas y 32 nietos y nietas, y ya tengo 7 bisnietos, por ahora. Cuando nos reunimos en familia nos hacemos como 60 personas, es una gran alegría. Afortunadamente somos una familia grande, muy unida. Lo que le pasa a uno le pasa a otro, nos ayudamos mutuamente y caminamos

juntos por la vida, lo que considero un privilegio. En el momento en que narro esta historia, mis hijos están ayudando a construir una casa para una de sus hermanas. Es bonita esa solidaridad. Creo que en las familias campesinas hay una unión fuerte que tiene que ver con la dureza de nuestras vidas, siempre sobreviviendo. Abundan asimismo las familias numerosas, es lo normal en el campo. Una, como madre, a veces se pregunta por qué tener tantos hijos si vivimos en la pobreza. Pero también veo que los hijos, las hijas, son el regalo más grande que Dios me ha dado. Se pasa por la vida y se deja un legado inigualable, porque esos hijos son únicos, irrepetibles; fuente de preocupaciones, sí, pero de muchas alegrías. Es verdad que hay muchas mujeres que no han podido o querido ser madres y tienen sus alegrías. No quiero establecer una diferencia, al final cada una tiene su sitio en el mundo, de acuerdo con la vida que le ha tocado o elegido vivir.

Casi toda la familia vivimos en San Salvador, pero como familia nos sentimos de Las Vueltas, en Chalatenango, es como nuestra patria chica, el lugar donde tenemos las raíces y nos da una identidad. No es un municipio grande ni vistoso, pero es el municipio que ha marcado nuestras vidas. Cada año vamos en familia, el 2 de noviembre, a enflorar a mi esposo, Justo Mejía, y a un hijo mío. También lo hacemos el 9 de noviembre, en recuerdo del asesinato de mi esposo, ese día se conmemora el día de los mártires del municipio de Las Vueltas. Es un día de dolor pero también alegre, pues recordar es celebrar la memoria de un ser querido, de un ser humano que nos dio su amor. El milagro de la vida está lleno de sentimientos tristes y de otros sentimientos gozosos, así es como vivo yo esos días de noviembre.

En Las Vueltas nuestra familia es ya poca: un compadre, un hermano y una cuñada de Justo. Pero toda la familia procuramos mantener un fuerte vínculo con los lugares donde nacimos y crecimos. Durante la Semana Santa, todos los años,

acostumbramos ir al río Sumpul. Nos quedamos dos días, es una tradición de la familia, el segundo día siempre hacemos sopa de gallina y en la noche hacemos fogatas y juegos. Pero, como les digo, el campo se va despoblando. Me da lástima que muchos municipios de El Salvador se vayan quedando con pocos jóvenes. Unos buscan la emigración y otros se trasladan al gran San Salvador, y eso tiene que ver con lo dura que es la vida del campo, y que los agricultores y campesinos no encuentran compensación económica a su esfuerzo. Es verdad que con el FMLN muchos municipios han progresado, pero todavía falta mucho para hacer que los pueblos rurales sean atractivos.

Ahora, de todos modos, también en el campo van cambiando las formas de vida, pues con los medios técnicos y el transporte hay mayor contacto con las ciudades, y llegan las modas y otras formas de vivir. Yo recuerdo que en nuestro cantón La Ceiba, cuando yo era jovencita, vivíamos de manera tranquila, casi no había buses e íbamos caminando hasta Chalate, unas dos horas. Las relaciones entre familias eran bien amistosas: si una amanecía sin tortillas, iba a buscar a las vecinas y ellas le daban, si no tenía frijoles era lo mismo. Me acuerdo que para las fiestas todas las familias hacíamos tamales, y en ocasiones estrenábamos alguna prenda. En Semana Santa íbamos a las procesiones, y todas las amigas íbamos juntas a la entrada de la virgen, en el mes de julio. Jugábamos mucho, como era lo propio de la edad, y he de decir que dentro de la precariedad de nuestras vidas vivíamos en un ambiente solidario, de apoyo mutuo. Cuando vino la represión, en los años setenta, todo fue cambiando para peor.

De cuando conocí a Justo

Ya cuando impusieron de presidente al coronel Fidel Sánchez Hernández, que fungió entre 1967-1972, vivimos una mayor

intervención de los grupos paramilitares. Las acciones terroristas de la Organización Democrática Nacionalista (ORDEN), que era una estructura escuadroneira, llevaron el temor al campo de una manera terrible. Utilizaban a los “orejas” como apoyo, para identificar a los descontentos con el Gobierno, y eso hizo muy complicada la convivencia en cantones y pueblos, ya que no sabías quién era quién. Eso rompía la comunidad, que era uno de los objetivos de ese tipo de terror. Yo tenía ya más de 20 años y me acuerdo que Estados Unidos puso mucho interés en reprimir todo lo que ellos llamaban comunismo.

En La Ceiba había una escuela en la que se daban clases hasta segundo grado. El profesor se llamaba Neto, era buena gente, los cipotes decían que era enojado, pero era un hombre bueno. Estudié hasta terminar segundo. Mi esposo Justo siguió con la escuela de la Radio YSAX que hacía un programa de alfabetización que enseñó a la gente a leer y escribir. Por medio de ese programa radial, muchas personas tuvieron la oportunidad de aprender y enseñar a otros hombres y mujeres. Era una cadena solidaria de enseñar lo aprendido y de ese modo extender la alfabetización. Hace poco se murió un señor que se llamaba Francisco, él me dijo en una vela que tenía gran recuerdo de mi esposo, me dijo que Justo le enseñó a leer y a escribir.

Mi padre era Vicente Mejía y mi mamá Concepción Delgado, ambos eran de La Ceiba. Tuve nueve hermanos entre varones y mujeres. Ahora quedamos tres hermanas. O sea que en un tiempo fuimos una familia grande, la típica familia campesina. Cuando mi papá murió, yo tenía 14 años, en 1957. A mi mamá le tocó sostener a todos sus hijos, hacer de padre y de madre, llevar el día a día de una familia numerosa, sin ayudas de ninguna institución, a pura voluntad, a puro esfuerzo. Trabajaba en atarrayas y hacía achiote, que era el trabajo que había sido de mi papá, implicaba molerlo, cocerlo y hacer bolitas, para la comida que vendían en Suchitoto. Mi papá también trabajaba la tierra, hacía frijolar y sembraba

maíz, aunque en ese tiempo no se daba maíz, más que todo era maicillo, porque el maíz se empezó a dar cuando empezamos a organizarnos y ponemos en marcha la cooperativa.

Pero antes de continuar con la cooperativa quiero resaltar que a mi mamá le ocurrió lo que más tarde me sucedió a mí misma. Nos quedamos viudas bien jóvenes y tuvimos que luchar por dar de comer a nuestros hijos, educarlos, atenderlos en su salud, una tarea bien pesada, aunque las dos lo hicimos con mucha dedicación y amor a los hijos.

Conocí a Justo cuando era niña. En un cantón toda la gente nos conocemos y de una u otra manera tenemos una relación. Recuerdo que andaba jugando, como era cipota, en el llano que había en el cantón. En ese tiempo no había problemas de seguridad, podías estar fuera de la casa con otras niñas y niños, sin cuidado, jugando hasta bien noche. Jugábamos picapollo, saltacuerda, la mica, al escondelero; nos íbamos a esconder a las casas, pues el llanito de los juegos está rodeado de casitas, y así pasábamos las últimas horas del día, jugando. Éramos como 15 niños y niñas del cantón. ¡Qué alegría, verdad! Ahorita aquellas compañeras de juegos están ancianas, igual a mí. La comadre Chinda ya no está entre nosotras, se fue a Italia, la Elena murió. Había varones en los juegos: mi hermano Gilberto, Chito, Juancito, había varios. Recuerdo a Agustincito, que le decíamos así porque era pequeño.

Una de esas tardes, estaba yo sentada en una casita comunal y entonces ahí fue donde él comenzó a decirme cosas y yo, como estaba bien jovencita, no le puse mucha atención. Pero así empezó todo. Luego fue el noviazgo. Aquel tiempo vivido fue hermoso. Cuando eres jovencita ves el mundo con mucho colorido, de manera positiva, tienes toda la vida por delante, a pesar de nuestra precariedad, de ser una familia pobre.

Con ese buen hombre, Justo Mejía, me casé un jueves de Corpus en la iglesia de La Ceiba. Fue una boda sencilla, como todas las del lugar. Nos acompañó toda la gente del pueblo, mi

mamá sacrificó gallinas e hizo almuerzo para todos, y después de la misa nos fuimos alegres a donde mi mamá tenía preparada la comida. Yo tenía 19 años y Justo 29. Ese año que nos casamos salí embarazada de Tula, fue mi primera hija, ella fue mi primera experiencia de parir y ser madre. Después vinieron Edwin, Víctor, Raúl, Rubia, Elsy, Lety, Eva Mirian y José Justo, nueve en total. Cuando tuve a Eva Mirian, mi esposo ya no podía llegar a la casa. Pudo verla cuando las FPL hicieron un congreso en El Conacaste, allá estuve yo haciéndoles la comida, y conmigo estaba la niña. Cuando nos venimos en dirección a La Ceiba él la traía chineándola, hasta que llegamos a Talchaluya, donde nos separamos. Él siguió para un lado y yo para la casa, ahí me la dio, pienso que al menos la chineó por última vez, no recuerdo bien si el congreso fue en el mes de octubre o de noviembre, y luego lo mataron. Eva Mirian es nuestra última hija, ahora tiene 37 años, precisamente la edad que su padre tenía de asesinado. La niña tenía solo tres meses cuando perdió a su papá, Justo tenía 45 años.

Cuando tuve a José Justo, él estaba conmigo; cuando yo ya tenía los dolores, me preguntó si se quedaba conmigo. Yo le dije que no era necesario, porque a saber a qué horas vendría el parto. Y como andaba desvelado, le dije que durmiera un poco y fue entonces que lo tuve yo solita. Enseguida él oyó que la criatura lloraba, se levanta bien asustado y me dice: “¿Y por qué no me habló?”. “¡Ah!, por no despertarlo”, le dije. Se levantó a cortar el cordón umbilical y a prepararlo, y así fue como pasó. No teníamos a mi mamá pero teníamos a la señora Virginia, que era la partera de la comunidad, ella nos ayudaba; pero esa noche, como era muy tarde y pensaba que el parto tardaría, no la molesté. En realidad el parto fue rápido, gracias a Dios.

Mi esposo fue siempre cariñoso conmigo, y con las hijas y los hijos. Antes de casarnos, él ya había hecho una casita para la familia que íbamos a formar. En ese tiempo a él le gustaba

tomar con sus amigos, los domingos, y a veces llegaba con ellos para que les diera comida. Pero lo bonito es que cuando se organizó en la cooperativa olvidó todo eso y no volvió a tomar. Ese cambio fue importante, porque cuando una persona toma se establece una relación molesta que puede terminar siendo violenta. Pero él lo dejó. Justo era familiar, solidario, muy afectuoso. Era también muy trabajador, todos los días se levantaba a las cinco de la mañana a trabajar en las atarrayas, después se iba a la milpa y luego iba a las reuniones; pasó un tiempo bien pesado, de mucho trabajar. Siento que cuando nos reunimos en familia él está con nosotros. Por ejemplo, en Navidad nos reunimos toda la familia, siempre en mi casa, es una tradición que todos nos reunamos y como diversión jugamos al amigo secreto, esto lo hacemos todos los años. Mi hija Elsy es la que siempre organiza estas actividades. Cuando nos reunimos somos como 60 personas. Y Justo que permanece en nuestros corazones.

Otra convivencia que les quiero contar es cuando celebran mi cumpleaños, es algo bien divertido, porque siempre es sorpresa: yo no me doy cuenta hasta que llego al lugar, ellos se ponen de acuerdo; siempre uno de ellos dice que me quiere invitar a almorzar, pero la sorpresa es cuando llegamos al lugar: allí están todos.

El comienzo de la organización

El hijo más pequeñito de los varones era José Justo, que murió hace unos años en un accidente, como más adelante les contaré. Cuando mi esposo llegaba a la casa, el niño corría a tocarle las bolsas para ver si sonaban las monedas, para que le diera, y eso no se me olvida, ni tampoco a sus hermanos y hermanas. Mi esposo los sentaba y les explicaba que tenían que ser solidarios, unidos, que tenían que ayudarme a mí, porque él ya

no podía trabajar para nosotros porque andaba en una lucha. Les comunicaba qué hacía, cuando podía decirlo, y por eso no le quedaba tiempo de estar en casa, y de ahí que lo perseguían. Esa manera de actuar de él hizo que toda la familia nos hiciéramos conscientes de que había mucha injusticia, mucha pobreza, y que había que hacer algo para que todas las familias tuvieran pan cada día. Él nos hablaba cuando llegaba de San Salvador y nos decía que pasaba mucha lástima cuando veía a cipotes durmiendo sobre pedazos de cartón, en las calles, sin ninguna seguridad, envueltos en sus camisitas rotas, descalzos, y que esa realidad le ardía por dentro, le golpeaba el corazón, y que por eso andaba luchando, para que todos los muchachos y muchachas tuvieran una vida mejor. Y así nos iba explicando. Mis hijos e hijas dicen siempre que fue un ejemplo para ellos, y por ello han sabido mantener la unión familiar.

A principio de los años setenta nos organizamos varias familias. Las familias campesinas necesitábamos obtener créditos para trabajar la tierra. Todavía no se cultivaba el maíz en la región. Logramos los créditos y sembramos maíz en condiciones favorables para su cultivo, y así fue que pudimos comer tortillas, porque antes solo tortillas de maicillo comíamos. Así es como se dio el cambio, cuando vino el H1 y el H3 que era el maíz que compraban en San Salvador, un maíz bueno para sembrar, y se compraba el abono, el insecticida, todo lo que se pone para que pueda haber cosecha. Con el crédito a los campesinos mejoramos la vida, la alimentación; pasamos de un grado de pobreza a otro grado de pobreza. Como es sabido, la tortilla en El Salvador es algo básico, quien no puede tener tortilla es que está en la extrema pobreza, fuera de lo que se puede llamar vida.

Nos estábamos organizando entre familias cuando estalló la famosa “Guerra del Fútbol” o “Guerra de las 100 horas”, que en Chalatenango la vivimos con intensidad y mucho susto, por la cercanía de la frontera con Honduras. El caso es que

cuando El Salvador invadió Honduras en julio de 1969 no sabíamos qué iba a pasar, qué podía ser de nuestras comunidades si los hondureños nos bombardeaban. Cuando terminó aquella locura sentimos alivio, pero a mí no se me quita que fue una guerra absurda, en la que las autoridades de nuestro país buscaban el apoyo de la población. Muchas veces, las guerras entre vecinos tienen que ver con que los Gobiernos tratan de unir al país con discursos nacionalistas guerreristas, pero en realidad la guerra responde a sus intereses. Se dice que en esa corta guerra murieron 2,000 personas, pero me gustaría saber quiénes murieron. No creo que murieran personas pudientes, sino gente pobre en general. Tal vez, en todo caso, aquella guerra nos empujó más a la comunidad a tomar conciencia de que la unidad nos ayudaría a vivir un poco mejor. Años después leí un poema de Roque Dalton sobre esa guerra, que termina diciendo: “Decenas de miles de salvadoreños vagando con su hambre a cuestras de Honduras a El Salvador y de El Salvador a Honduras. En Honduras ya no tienen tierra. En El Salvador no tienen tierra ni trabajo. No son ni salvadoreños ni hondureños: son pobres”.

La cooperativa se formó en el año 1972, como resultado de un trabajo que se inició en 1970, y gracias a Justo, a su hermano Mercedes, a Juan, Gilberto, a Miguel Ángel, había como 25 hombres organizados que fundaron la cooperativa. Fue un paso muy grande, pues nos permitió a las familias campesinas obtener recursos para trabajar la tierra, lo que de forma individual hubiera sido más difícil. La cooperativa animó además la organización de la comunidad con sus juntas directivas, descubrimos el valor de la acción colectiva, del compromiso comunitario. La cooperativa se llamaba Esperanza, tenía su junta directiva completita. Era de ahorro y crédito.

En esa época no teníamos maíz para echar tortillas, los campesinos no tenían tierras para trabajar, ni tenían cómo comprar el maíz y todo lo necesario para cultivar. Por su parte,

los patronos de los trabajadores de caña mucho molestaban, asignaban grandes tareas y pagaban muy poquito. Bien recuerdo yo que la consigna que se había popularizado era “tortilla, arroz, frijoles y queso”, lo que se pedía para los trabajadores de la caña y los cortadores de café. Nosotros también veníamos a cortar a la finca El Espino en Santa Tecla, veníamos por Comasagua. En esos trabajos se veía bien cómo lo trataban a uno. A la hora que daban la comida nos ponían en fila y nos daban las dos “chengotas”, el caporal desde el carro le tiraba los frijolitos en la chenga a uno y rebotaban y caían al suelo. Entonces esa fue otra lucha. Pagaban poco, a 25 centavos de colón la arroba de café cortada, y por todo eso fue que empezó la organización de los campesinos

En esa nueva situación íbamos caminando poco a poco hacia mayores responsabilidades comunitarias. Mi esposo comenzó a estudiar la Biblia en un grupo de estudios al que llegaba algunas veces Monseñor Romero. Salíamos a celebrar la palabra con la Biblia en la mano, salíamos a concientizar a la gente, para hablarle de la necesidad de organizarnos para luchar por un sistema más justo, porque así como estábamos se veía que solo los ricos tenían el pan para sus hijos. Fue de este modo como empezamos, por medio de la Biblia. Íbamos a realizar celebraciones de la palabra a las comunidades, se recolectaba dinero y se le dejaba a algún enfermo.

De cuando asesinaron a Justo Mejía

Mi esposo iba y venía y no me decía adónde, solo que iba a la milpa. Fue después que me di cuenta de que salía a reuniones. Esa era la vida que teníamos cuando llegó Cayetano Carpio a reunirse con mi esposo. El hombre vivía muy clandestino y cuando llegaba se juntaba con Justo en algún lugar que yo no conocía, yo les dejaba comida donde mi esposo me había

indicado. Yo creo que Justo comenzó temprano en las Fuerzas Populares de Liberación (FPL). Después de que lo asesinaran me incorporé yo. Nos daban entrenamiento también, llegaba un compañero a darnos entrenamiento militar. De todas maneras, antes de ser yo de las FPL y de que mataran a mi esposo llegaba un compadre a darnos entrenamiento a gente de la comunidad. Al poco tiempo empezó la organización de la UTC, que era la Unión de Trabajadores del Campo. La presentación se hizo de forma pública. Salíamos en marchas, íbamos a Arca-tao y a otros lugares cercanos a La Ceiba, también a Chalate, e íbamos reuniendo a más gente en la nueva organización.

En abril de 1970 nacieron las FPL, separándose del Partido Comunista de El Salvador. Su nacimiento quedó reforzado cuando el régimen respondió con un nuevo golpe de Estado a la victoria electoral de la Unión Nacional Opositora, en 1972. El candidato de la UNO era el ingeniero José Napoleón Duarte, pero los militares proclamaron al coronel Arturo Armando Molina, del Partido de Conciliación Nacional. Las protestas fueron muchas, creo que Duarte tuvo que marchar a Venezuela. Todo eso hizo que las FPL nacieran muy convencidas de que por la vía legal no era posible acabar con la dictadura. Y mi esposo Justo Mejía, que era un hombre pacífico, se dio cuenta de que las FPL eran el camino, y se unió al grupo.

Mi esposo era uno de los promotores de la UTC. Cuando la organización se unió con FECAS, se creó la Federación de Campesinos Salvadoreños, que tenía presencia en todo Chalatenango. Entonces comenzamos a marchar en las calles de San Salvador, reclamando cambios en las políticas agrarias, exigiendo tierras y recursos. En ese momento se intensificó la persecución contra Justo. Para esa represión, la Guardia Nacional contó con la colaboración de un compadre que se llamaba Pedro, que les daba información. Cuando Justo llegaba a la casa o a La Ceiba, Pedro les decía a los guardias que llegaba. Hubo un momento en que no pudo llegar a la casa

cuando era de día y solamente venía muy noche. La Guardia siempre andaba merodeando y llegaba a buscarlo a cualquier hora, los guardias, enojados, con ganas de represión, le pegaban con el corvo de los fusiles a la puerta de madera.

Golpeaban la puerta y encontraban a mis hijos haciendo atarrayas para pescar, a mis hijas planchando con la almádana el plomo para hacer la soguilla de las atarrayas, tal como mi esposo les había enseñado, y los guardias les preguntaban que adónde andaba el papá, qué es lo que andaba haciendo. Una y otra vez, todos los días, uno de esos días yo estaba con infección en los ojos, tendida en la cama, y entraron y me amenazaron. Pronto, dejé a mis hijos con mi mamá, y me fui a dormir al monte con los dos hijos más grandes. Nos veíamos con Justo y juntos nos quedábamos en el monte. Al día siguiente recogía a los pequeños.

Una vez venía de dormir en el monte cuando me topé con el comandante Chicas, que era un hombre bien alto y negro. Él era quien dirigía la persecución contra mi esposo y me dijo: “¿Ya venís de dormir en el monte?”. Le respondí: “Yo de traer estos huevos vengo”. Entonces me dijo: “Decile a tu esposo que aunque sea en el cementerio nos vamos a encontrar”. No le contesté nada y me fui.

En este tiempo, Justo andaba por todo el departamento de Chalatenango. Cuando lo asesinaron estaba convocando para la primera toma del Ministerio de Trabajo. Habían hecho una asamblea de la Unión de Trabajadores del Campo en una comunidad, en El Paraíso, y él bajó de la asamblea ya muy noche. Se quedó a dormir, como tantas veces, donde la gente le daba protección y cama. Esa vez, eran como las seis de la mañana cuando iba caminando y se topó con la guardia. Lo estaban esperando por Dulce Nombre de María. Lo capturaron a eso de las seis de la mañana del 9 de noviembre de 1977. En ese momento pasó un carro y en ese carro lo echaron a golpes, y lo bajaban, lo torturaban, y lo subían, y más golpes.

Lo que le sucedió lo pudo ver una señora que todavía vive. Ella fue testigo de cómo lo torturaron, de cómo le daban con la boquilla de los fusiles en los pies, y le golpeaban en los costados, y así fue como se lo llevaron rumbo a San Fernando. Como esa calle es bien solitaria y no hay gente que vea, a Justo le hicieron lo que quisieron, le sacaron el ojo derecho, le quebraron los brazos y lo fueron a dejar decapitado en la montaña de San Fernando, en el lugar en que lo encontramos.

La comunidad se ocupó de buscarlo y encontrarlo. De otro modo hubiera sido muy difícil, pues lo dejaron en un gran barranco de difícil acceso. Yo solo recuerdo una quebradita que bajaba, se oía el sonido del agua cuando lo estábamos enterrando. Cuando Monseñor Romero tuvo noticia del asesinato, en una de sus homilías dijo que Justo Mejía había sufrido la pasión y muerte de Jesucristo.

A los siete días, las comunidades lo encontraron y me mandaron a llamar y le pidieron al juez de Tejutla que fuera a reconocerlo, quien les dijo que iría pero que no iría solo, y así es como fue con cinco guardias nacionales en el mismo bus en el que íbamos con el compañero que había comprado el ataúd. Desde que subió el compañero al bus comenzaron a interrogarlo, querían saber quién había comprado el ataúd, entonces les dijo que estaba haciendo una obra de caridad, porque era para enterrar a un muerto. Cuando lo estábamos enterrando, preguntó el juez que quién era el familiar del muerto y nosotros tuvimos que negarlo, por eso yo les digo que me pasó las del apóstol Pedro, así como negó a Jesús, así me toco negarlo a mí, por amor a la vida de mis hijos. Si le hubiéramos dicho que éramos familia, capaces ahí nos hubieran dejado, porque nos tenían encañonados. Mi esposo quedó enterrado al pie de un palo de quina.

A los 17 días lo vinieron a sacar los compañeros, lo limpiaron, lo prepararon y lo llevaron a El Jícaro, lo bajaron por las montañas, porque de ahí está lejos, y así lo llevaron. Nosotros

lo estábamos esperando en el pick-up, de ahí nos fuimos en manifestación con los restos de mi esposo, a velarlo a la casa. Y los compañeros, cuando estaban en los discursos, le gritaban a la Guardia que llegara y no llegó. ¿Cómo les decían?, que ahora era tiempo que nos visitaran, porque ahí tenían el cadáver que habían dejado ellos en El Paraíso. No sé si estos compañeros eran guerrilleros de las FPL, pero sí eran miembros de las FPL; llegó gente de todo el país, yo no creí que iba a llegar tanta gente, y lo cierto es que llegó bastante.

Fue entonces, en aquel acto de homenaje a mi esposo, que me di cuenta de la dimensión de su persona. No tenía el conocimiento de que Justo fuera una persona tan apreciada y tan comprometida con la causa de los pobres. Hasta entonces me di cuenta de cómo lo quería la gente. A la hora del entierro llegaron varias mujeres embarazadas, todas con el gran estómago iban bajando por el monte de donde subimos. Yo me dije: “Aquí se demuestra el amor que le tenían”, porque a mí me sorprendió cómo llegó gente de muchos lados. Lo enterramos en La Ceiba. También miré cómo era el odio que tenían para él, que le hicimos un mausoleo y la Guardia lo fue a destruir, lo hizo pedacitos el cemento, pero lo volvimos a construir y ahora no lo han destruido, está intacto.

Vive siempre en mi memoria

Yo creo que lo que me gustó de Justo Mejía, cuando me cortejaba, era su forma de ser, era bien amable y comprensivo. Nos conocimos muy cipotes y fuimos encariñándonos hasta que nos casamos. Además, he de decir que era guapo, atractivo para muchas cipotas, sí que era guapo y se quedó conmigo. Todavía lo veo guapo en las fotos. Y como además era bien allegado a la gente, bien popular, porque él hablaba con todo el mundo, y ahí se reunían en las tardes, en el llano, todos los

hombres de la comunidad. Pasamos unos años bien bonitos, no era el tiempo de ahora, que uno sale siempre con prisa y con miedo que vienen de todos lados. La Ceiba era entonces un cantón bien tranquilo, se podía dormir debajo de un palo y nada pasaba. Había un palo de amate al que todos los hombres llegaban para sentarse, era su descanso. El señor Indalecio era el dueño de ese árbol de amate, y hasta allí llegaban los jóvenes a hacerle sus travesuras, al señor. No cuento cómo eran aquellas travesuras, pero sí eran molestas, aunque para ellos era un juego de adolescencia.

Lo recuerdo cuando salía y llegaba de regreso a la casa. Cuando se iba yo quedaba preocupada, cuando volvía era la gloria. Estábamos felices con los hijos, él se reunía con ellos y les hablaba. Y me viene a la memoria cómo era de trabajador, cómo mañaneaba para trabajar al campo, primero a trabajar en las atarrayas y después a trabajar en la milpa y regresaba hasta en la noche, cuando no tenía reunión, y cuando tenía reunión lo hacía bien en la madrugada.

A mi mente me vienen ahora pensamientos de cuando dejaba a mis hijas e hijos solos en la casa, porque yo me iba de reunión. No es un recuerdo bonito, pues lo vivo como con un poco de culpa, pero así era la vida, la lucha, era necesario sacrificarse para mejorar nuestra existencia. Me daba sentimiento salir de la casa, y hoy pienso que talvez no obraba bien, pero lo hice por una necesidad. A mi hija Rubia la dejaba responsable de hacer la comida, porque la Tula era la que se encargaba de trabajar en las atarrayas y en el campo; era bien trabajadora y lo sigue siendo. A Tula le gustaba trabajar en la milpa, en las atarrayas, y mi hija Rubia quedaba echando las tortillas de la cena, y me da lástima, porque no tenía leña para tortear, y cuando llegaba a veces la hallaba llorando en la gran humazón, echando las tortillas, y hoy digo yo: “¿Cómo es que las dejaba a ellas con el compromiso para que les dieran comida a los otros hijos?”.

Cuando Claudia Sánchez me invitó a relatar mi historia, pensé que tal vez no tenía mucho que contar, además no soy escritora y mi memoria no es muy fuerte. También pensé que es difícil contar las cosas tal y como sucedieron. Una puede inclinarse por poner los hechos más bonitos o más feos de lo que fueron, pues siempre hay una distancia entre lo que pasó realmente y cómo una lo recuerda. Pensé también en Justo Mejía, mi esposo, a quien asesinaron. Y el hacerlo me animó, pues me dije que por su memoria podría ser lindo que yo le pusiera palabras a lo que vivimos, primero juntos y luego él en su cielo y yo aquí, en esta tierra en la que tanto sufrimos. Y me puse a recoger el hilo de mi historia hasta formar una madeja muy apretada, llena de dolores y de momentos alegres, pues son muchas cosas las que tengo que decir. Y al hacerlo es seguro que sentiré nostalgia del tiempo vivido, de los buenos momentos, de las risas con Justo y también de las luchas que hicimos.